

de los pueblos, que era para ellos síntoma de alumbramiento feliz y no estertor de próxima y triste muerte.

Relegando á Dios al cielo y á la Iglesia al santuario, y considerándose dueños absolutos del dominio restante emprendieron la extraña tarea de dirigir y acomodar las naciones según las fórmulas ideales trazadas por el ingenio de los sofistas y pensadores que convirtieron á su razón en centro supremo, alrededor del cual debían gravitar todas las cosas.

En nombre de la libertad de pensamiento y de conciencia autorizaron la propaganda de todas las más opuestas y contradictorias ideas, establecieron con esencial prerrogativa del hombre la facultad de renegar de Dios y de su Iglesia, y de romper el vínculo de absoluta dependencia que con el autor de los seres liga á los individuos y á los pueblos.

Pero rota la cadena religiosa, el orden moral y jurídico se encontró sin eje y todas las lazadas sociales se desataron, presentando entonces el mundo el espectáculo de la discordia y la guerra perpétua entre las inteligencias y los corazones, las clases y las escuelas, los partidos y las sectas, que desgarran á la sociedad, descoyuntándola y arrojando sus miembros palpitantes entre las garras de la anarquía.

El capital y el trabajo se encontraron frente á frente, y el temeroso asunto de la distribución de la riqueza fué lugar en donde se citaron todos los opuestos bandos y se reunieron los odios y las concupiscencias.

La revolución que con el nombre de libertad había deshecho la malla de principios que amparaba al cuerpo social del hierro de la servidumbre, destruyó las legítimas trabas del orden económico como en los demás órdenes de la vida, y enfrente de la antigua reglamentación y organización corporativa estableció la libre concurrencia, transformando al mundo en un inmenso mercado, donde entre compradores y vendedores solo impera la bárbara ley de la lucha por la existencia.

Como era lógico, los fuertes triunfaron de los débiles, y la riqueza fué acaparada por la fuerza; pero como al fin se trataba de hombres y no de máquinas, los vencidos en la contienda comenzaron á pensar que, pues ellos eran los más y que su número y su miseria aumentaban á cada nuevo combate, era cuestión importante evitar este estado de cosas, y pensando en lo futuro, aguijoneados por el mal presente, acordaron unirse y adoptar con los poderosos dueños del botín el mismo papel que con los menesterosos había adoptado el Estado, esto es, cruzarse de brazos y dejar que por falta de fuerzas comenzase á flaquear, hasta que comprendiese que, pues la caridad y la justicia habían sido reemplazadas con la fuerza, consistía el problema en averiguar si se hallaba en los más afortunados ó en los más indigentes.

Y así planteada la cuestión, es una de las cosas más importantes y fecundas en enseñanzas saber lo que los revolucionarios políticos dicen á los revolucionarios sociales, y lo que éstos contestan á sus maestros, porque la disputa entre maestros y discípulos es el gran acontecimiento de nuestros días, y su resultado lo será seguramente de los venideros.

Y pues el asunto lo merece, asistamos como espectadores á la polémica para resumirla, porque muy pronto vamos á ser llamados á intervenir para resolverla.

M.

EN EL CONGRESO.

Con sumo gusto reproducimos, el breve y enérgico discurso con que nuestro querido amigo el Sr. Barrio y Mier contestó á la agresión inculcable del Sr. Vallés y Ribot, que se permitió insultar á los carlistas en su perorata del 13 del corriente.

Dijo así el elocuente y sabio catedrático de Oviedo:

«El Sr. Barrio y Mier: Señores diputados, nada estaba más lejos de mi ánimo esta tarde que la idea de tomar parte en la presente discusión; pero unas frases inoportunas, y, más que inoportunas, injustas, del Sr. Vallés y Ribot, me obligan á ello. Frases inoportunas porque no venían á cuento; y puesto que estaba combatiendo contra la mayoría, á ella y sólo á ella debería haber dirigido todos sus dardos, y en manera alguna á esta reducidísima minoría, tan pequeña y tan insignificante que, á poco más, sería nada. Y palabras sobre todo injustas, porque tanto en los calificativos como en las afirmaciones que S. S. ha hecho, se ha apartado completamente de la verdad de las cosas.

Si á calificativos duros fuésemos, quizás no serían menores, sino justamente mucho más graves los que yo pudiera atribuir á multitud de actos de los amigos de S. S.; pero los insultos no son razones, y yo por eso no acostumbro á proferirlos jamás contra nadie. (Muy bien)

Los carlistas de Cataluña, como los del resto de España, se levantaron un día en armas para defender noblemente sus ideales religiosos y políticos, habiendo dado el ejemplo que admirar á todo el mundo de que hayan sido en sus procedimientos los más acomodados á las leyes de la guerra, los más humanos y los más moderados absolutamente entre todas las contiendas

civiles que se conocen en la historia. (Un señor diputado de la minoría republicana: ¿Y los fusilamientos de Saballs?) Otros fusilamientos más horribles han cometido sus contrarios.

Pero ha dicho después S. S. una cosa que aún me ha llegado más al alma, y es lo relativo al oro de no sé quién, con que ha supuesto que se inició y se fomentó la guerra civil. Los carlistas, al lanzarse al campo, no tenían oro, ni propio ni ajeno; carecían de armas, de uniformes, de municiones, de todo. Eran pobres de recursos, pero ricos de fe y entusiasmo para defender con ardor la Religión de nuestros padres, la santidad de la familia cristiana; la propiedad, la integridad de la patria, todos los intereses vitales de esta gran nación española, hondamente perturbada por los amigos de S. S.

El partido carlista, que tiene hoy plegada, no rendida, su bandera, prestó entonces servicios inmensos al país y está dispuesto á volverlos á prestar con el mismo vigor y energía siempre que los acontecimientos ó las circunstancias lo exijan.

Y hecha esta rectificación, que he conceptuado necesaria ante las agresivas palabras del señor Vallés y Ribot, tan considerado como él dice con los vencidos, y tan poco considerado con nosotros, debo concluir dando las gracias al señor ministro de la Gobernación por la justicia que nos ha hecho; porque aun cuando en ese concepto lo que es justo no merezca gracias, estamos los carlistas tan poco acostumbrados á que en ninguna parte se nos reconozca justicia, que no puedo menos de dárselas muy expresivas, con lo cual me siento, decidido á no volver á intervenir en este incidente.»

EN DAIMIEL.

El martes de la pasada semana tuvimos el gusto de asistir á una solemne función religiosa que, en honor del glorioso patriarca San Francisco de Paula, tuvo lugar en la iglesia del Convento de religiosas mínimas de Daimiel.

Empezaremos por manifestar que el templo se hallaba decorado con sumo gusto, ostentando magníficos ornamentos sus altares y hallándose profusamente iluminado.

Los señores sacerdotes que celebraron el incruento sacrificio de la Cruz vestían rico terno, primorosa obra de la Comunidad y extrenado con motivo de los solemnes cultos de que nos ocupamos.

Cantóse la sublime misa del maestro Mercadante, que interpretó hábilmente la Capilla que en aquella ciudad existe, y que tan acertadamente dirige nuestro particular y querido amigo Sr. Mateos.

La señora doña Encarnación Moreno, señoritas de Periconi, señores Moreno, Cruz (D. Leopoldo), Cruz (D. José María), Cruz (D. Enrique) y señores Pinilla y Baeza, impulsados por sus acendrados sentimientos cristianos, hicieron gala con tan fausto motivo de sus grandes dotes musicales, cantando, de una manera magistral, la hermosa producción que el gran compositor dedicó al magestuoso y severo culto católico.

Y para que no hubiera una nota discordante en aquel conjunto de armonía que el piadoso auditorio escuchaba con fervoroso recogimiento, el Sr. Carranza, que era el celebrante, entonó admirablemente el Prefacio, esa sublime oración de la misa, en que después de anunciar la eternidad y exhortar al pueblo á levantar los corazones hacia el Señor, invita á las dominaciones, á las potestades, á las virtudes, á los ángeles y á los serafines á que desciendan con la gran víctima, y á que repitan con el corazón de los fieles el triplicado *Sanctus* y el *Hosanna* que llena eternamente los ámbitos del cielo.

Ocupó la sagrada cátedra el ilustrado sacerdote don Manuel Muñoz que panejizó las glorias del Santo de una manera elocuente, exponiendo en magníficos períodos el verdadero concepto de la caridad cristiana y las obras realizadas por sus más humildes hijos, en oposición á las doctrinas sustentadas por los santones de la falsa caridad que finjiéndose amigos del pobre le han arrancado la paz moral de que antes disfrutaba sembrando en cambio en su corazón la vanidad y la soberbia.

Terminada tan agradable fiesta, fuimos galantemente invitados por el capellán de la comunidad don Valentin Pinilla á que pasásemos al locutorio, donde se sirvieron á los invitados abundantes dulces, pastas, bizcochos, cigarros, etc.

Ya en aquel sagrado recinto tuvimos el placer de saludar y contemplar aquellas vírgenes del Señor que, apartadas del mundanal ruido en la soledad y silencio del claustro, sus corazones son puros y sus ojos se elevan al cielo en señal de deseo y de esperanza.

Pero estas oraciones que continuamente dirigen al Todopoderoso, no solo son por ellas, sino por esta desgraciada humanidad que solo se ocupa en vanidades y pequeñeces, teniendo relegadas á un lado como inútil impedimento para sus devaneos sus deberes religiosos y morales.

Y no se crea que por que se las ve retiradas del mundo, privadas de sus más caras afecciones de familia y llenas de austeridad que por eso son desgraciadas, antes al contrario, en los cortos momentos que

tuvimos ocasión de conversar con ellas nos convencimos que más bien eran dignas de envidia. Pues esas túnicas de lana parda son preferibles á los suntuosos trajes comprados á costa de la virtud y el pan de la caridad es más salutar que el exquisito manjar de la perversión.

De cuantos pesares libra á esas vírgenes el sencillo velo que se interpone entre ellas y esta pervertida sociedad en que vivimos.

Terminaremos estas mal pergeñadas líneas dando nuestro parabien á todos cuantos contribuyeron al esplendor y magnificencia con que se celebró tan solemne misa.

Nos asociamos igualmente á la inmensa alegría que embarga á las humildes hijas de Francisco de Paula al ver la suntuosidad que revistió la función que se hizo en loor de su seráfico titular, y siempre repetiremos aquella famosa verdad que un día se escapó de los labios abrasados del desdichado Victor Hugo al acuparse de las comunidades religiosas: «Hace falta en el mundo que haya quien ore por aquellos que no oran.»

EL CANÓNIGO TIMÓN DAVID.

Acaba de fallecer en Francia este ilustre sacerdote, fundador de la Asociación de la Juventud obrera.

Hé aquí, á propósito de este triste suceso, algunos datos tomados de Mons. Ant. Richard, Prelado doméstico de Su Santidad:

«Escribo estas líneas--dice--bajo la triste impresión que nos ha causado á todos sus amigos, compañeros é hijos espirituales, la rápida muerte del venerable eclesiástico, gloria de la Iglesia de Marsella y fundador de una de las Asociaciones más notables de Francia. El domingo por la tarde una indisposición, al parecer ligera, le obligó á acostarse, sin que le impidiera recibir á sus amigos súbditos, prodigando á cada uno los tesoros de su ternura sacerdotal y de su corazón de oro.

El lunes por la mañana le volví á ver, llamándome la atención el tono penetrante y el acento extraño, con los que se quejaba de las persecuciones de la Iglesia, y de las amenazas con voz y ojos llorosos. Me cogió la mano, y después de haberme obligado á bendecirle, la besó lleno de profunda fe. Aún me parece que le oígo decir: ¡Oh mi querido Señor, no es cierto que vale más morir!

Quise reírme y la emoción me lo impidió, resonando su voz simpática en mi oído como el eco de la muerte que presentía, deseaba y llamaba..... Estaba cansado de la tierra.

Ciertamente será escrita la vida verdaderamente sacerdotal de este admirable padre de la juventud. Mientras tanto, permítaseme decir en pocas palabras lo que fué este siervo de Dios, cuya curación anhelábamos todos, porque eran muchos los días que aún pudiera vivir en medio de su familia espiritual, sumergida en este momento en inconsolable duelo.

Nació en Marsella en 1823; hizo sus estudios clásicos en el Seminario del Sagrado Corazón y en el Colegio de jesuitas de Friburgo. Después de cursar con gran aprovechamiento los estudios teológicos en el Seminario de San Sulpicio, fué ordenado de sacerdote en 1845 por Mgr. de Mazenod. Agregado en un principio á la institución del abate Jullien, dedicó su vida entera á la juventud obrera.

Esta institución creció y se ramificó por todas partes, siendo dirigida hoy por una comunidad religiosa, de la que fué fundador y primer general. La Asociación cuenta con sucursales en Marsella, en Aix y en Beziers en estado floreciente y con un espíritu propio del fundador.

Ha escrito mucho, siendo su obra principal *La Vida de San José de Calazans*.

Uno de sus últimos trabajos escritos ha sido el folleto-polémica acerca de la canonización del P. Pietrasantra, de la Compañía de Jesús.

SECCIÓN DE NOTICIAS

Leemos en nuestro compañero *La Lealtad Navarra*: «Nuevo círculo.—En Viana se ha constituido uno carlista, cuya inauguración tendrá lugar inmediatamente.

No bien fueron aprobados los estatutos, se alistaron más de 200 socios. Bien por los vianeses.»

Incendio.—En Puertollano ha ocurrido una horrorosa catástrofe. Serían las doce de la noche del pasado jueves, cuando se inició un fuego voraz en un establecimiento del referido pueblo.

En el establecimiento, á más de los géneros de comestibles que se expendían, había gran cantidad de pólvora, cartuchos cargados y demás enseres correspondientes á toda clase de armas de fuego.

Mientras la confusión y el espanto crecía entre las personas que rodeaban la casa, en ésta se desarrollaba un drama tan terrible como conmovedor.

La respetable señora del dueño de la casa, que con cinco niños se encontraba entregada al descanso, sorprendida por el horroroso incendio, corrió de una parte á otra buscando